



CAPÍTULO XIV

Venida de los normandos á España.

Aún no estaba quitado el yugo de la servidumbre que los moros, gente venida de la parte de Mediodía, tenía puesto sobre nuestra nación, cuando una nueva peste por la parte de Septentrion comenzó á trabajarla grandemente. Fué así que los normandos, gente fiera y bárbara, y por no haber aún recibido la fe de Jesucristo, salidos de Dacia y de Noruegia, como el mismo nombre lo declara que fueron gentes septentrionales (ca normando quiere decir hombre del Norte), forzados de la necesidad, ó lo que es más cierto, con deseo de hacer mal, se hicieron corsarios por el mar, debajo la conducta de su capitán Rholon. Lo primero acometieron las marinas de Frisia, despues corrieron las de Francia, en particular por la parte que el río Secuana desagua en el mar Océano, hicieron más graves y más ordinarios daños que de ningún otro enemigo se pudieran temer. Despues desto talaron las tierras de Nántes por do el río Loire descarga en el mar, las comarcas de Turs y de Potiers, en que vencido que hobieron en batalla á Roberto, conde de Anjôu, pusieron espanto en todas aquellas tierras; últimamente hicieron su asiento en aquella parte de Francia que antiguamente se llamó Neustria, y hoy del nombre de

esta gente se llama Normandía, y esto por concesión de los emperadores Ludovico el Segundo y Carolo Crasso, que les dieron aquellas tierras á condicion que pues no se querian del todo sujetar á su señorío, fuesen para siempre feudatarios y movientes de la corona de Francia.

Los mismos por este tiempo, con gruesas flotas que juntaron en Francia, dieron mucho trabajo á los cristianos de España. Primeramente apretaron y talaron todas las marinas de Galicia; pero llegaron á la Coruña, como acudiese contra ellos el rey D. Ramiro, los que dellos saltaron en tierra quedaron vencidos en batalla y forzados á embarcarse; demas desto les dieron una batalla naval en que setenta de sus naves parte fueron tomadas por los nuestros, parte echadas á fondo. Así lo refiere el arzobispo D. Rodrigo, dado que el número de las naves parece muy grande, principalmente que los que escaparon de la rota, doblado el cabo de Finisterre llegaron á la boca del río Tajo y pusieron en mucho afán á Lisbona, que habia por este tiempo vuelto á poder de moros; y el año siguiente, que se contaba de Cristo 847, con gentes y naves que de nuevo recogieron, pusieron cerco sobre Sevilla y talaron

los campos de Cádiz y de Medinasidonia, en que hicieron presas de hombres y ganados y pasaron á cuchillo gran número de moros; al fin, despues que se detuvieron mucho tiempo en aquellas comarcas, por un aviso que les vino que el rey Abderrahman armaba contra ellos y aprestaba una gruesa armada, se partieron de España con mucha honra y despojos que consigo llevaron.

Siguiéronse otras alteraciones civiles entre los cristianos. El conde Alderedo y Piniolo, hombres en riquezas y aliados poderosos, uno en pos de otro se alborotaron y tomaron las armas contra el rey D. Ramiro. Las causas destas alteraciones no se refieren; nunca faltan disgustos y desabrimientos, sólo se dice que en breve y fácilmente se apaciguaron. Alderedo fué privado de la vista; Piniolo y siete hijos suyos, muertos por mandado del rey D. Ramiro, el año quinto de su reinado. Falleció poco adelante el mismo en Oviedo, despues que reinó siete años enteros: fueron sepultados él y Paterna su mujer en la iglesia de Santa María de aquella ciudad, en que se ve un lucillo deste rey con una letra que vuelta en romance dice así:

MURIÓ LA BUENA MEMORIA DEL REY RAMIRO Á PRIMERO DE FEBRERO: RUEGO Á TODOS LOS QUE ESTO LEYÉREDES, NO DEJEXEIS DE ROGAR POR SU REPOSO.

Entiéndese que fué allí tambien sepultado D. García, hermano del rey, sin que haya memoria de alguna otra cosa que hiciese en vida ni en muerte, salvo que se halló en la batalla de Clavijo, y que el rey le trataba como si saliera de sus entrañas. En tiempo del rey don Ramiro, falleció Theodomiro, obispo de Iria, en cuyo lugar sucedió Ataulfo. Algunos toman deste tiempo el principio de la caballería y orden de Santiago, muy famosa por sus hazañas; pero sin autor alguno ni argumento bastante, porque los privilegios antiguos, que con deseo de honrar esta religion algunos sin propósito inventaron, ningún hombre de letras los aprueba ni tiene por ciertos. Á D. Ramiro sucedió su hijo D. Ordoño, en el año del Señor de 850.

Cruel carnicería, y una de las más bravas y sangrientas que jamás hobo, se ejercitaba en Córdoba por estos tiempos y se embravecia contra los siervos de Cristo. Fuegos, planchas ardiendo, con todos los demas tormentos se empleaban en atormentar sus cuerpos. El mayor delito que en ellos se hallaba, era la perseverancia en la fe de Cristo, y mantenerse en el culto de la religion cristiana, dado que se buscaban y alegaban otros achaques y colores á propósito de no dar muestra que les pretendian quitar la libertad de ser cristianos, contra lo que tenían concertado. Abderrahman, segundo de este nombre, y Mahomad su hijo, reyes de Córdoba, como hombres astutos y sagaces, pensaban que harian cosa agradable á Dios y á sus vasallos, si de todo punto desarraigasen el nombre de cristiano, además que para seguridad de su Estado les parecia conveniente que quitada la diferencia de la religion, todos sus súbditos estuviesen entre sí ligados con una misma creencia. Al tiempo que se perdió España, los vencedores otorgaron á los nuestros libertad de mantenerse en la religion de sus antepasados; con esto, sacerdotes, monjas y monjes, con su vestido diferente de los demas, rapadas las barbas, con sus coronas y tonsuras á la manera antigua, se veian en público así en otras partes como principalmente en Córdoba, donde por la grandeza de aquella ciudad, y por estar allí la silla de los reyes moros, concurría mayor número de cristianos.

Habia muchos, así monasterios como templos, consagrados á fuer de cristianos: uno de S. Acisclo, mártir, otro de S. Zoilo, el tercero de los santos Fausto, Ianuario y Marcial: demas desto otras tres iglesias de S. Cipriano, S. Gines y Santa Olalla, sendas de cada uno, éstas dentro de la ciudad. Fuera de los muros se contaban ocho monasterios, uno de S. Cristóbal, de la otra parte del río; el segundo en los montes comarcanos con advocacion de Nuestra Señora, y llamado vulgarmente Cuteclarense; el tercero, Tabanense; el cuarto, Pilemelariense, con advocacion de S. Salvador; el quinto, Armilatense, de S. Zoilo; demas destes otros tres de S. Félix, de S. Martín, y de los



santos Justo y Pastor. En todos estos lugares tocaban sus campanas para convocar el pueblo, que acudía públicamente á los oficios divinos sin que persona alguna les fuese á la mano: solamente tenían puesta pena de muerte á cualquier cristiano que en público ó en particular se atreviese á decir mal de Mahoma, fundador de aquella secta; vedábanles otrosí la entrada en las mezquitas de los moros. Como esto guardasen los nuestros, en lo demás les era permitido vivir conforme á sus leyes, y casi conservarse en su antigua libertad.

Tolerable manera de servidumbre era esta, pues aún se halla que entre los cristianos había dignidad de condes, si por el contrario no se aumentaran de cada día y crecieran las miserias y agravios. Cuanto á lo primero, los pechos y tributos, que al principio eran templados, de cada día se acrecentaban y hacían más graves. Los nuestros, apretados con estos gravámenes, pretendían se debía quitar las nuevas imposiciones y derramas; y como no lo alcanzaban, pasaban una vida más dura que la misma muerte. Destos principios las semillas de los odios antiguos vinieron á madurarse, y á reventar la postema. Los fieles trataban de sacudir de sí aquel yugo muy pesado. Los moros abominaban del nombre cristiano, y con sólo tocar la vestidura de los nuestros se tenían por contaminados y sucios: miraban sus palabras, notaban sus rostros y sus meneos; con afrentas y denuestos que les decían, buscaban ocasión de reñir y venir á las manos. Los cristianos, irritados con tantas injurias, no dudaban en público de blasfemar de la ley y costumbre de los moros.

De aquí tomaron ocasión aquellos reyes y sus gobernadores de perseguir la nación de los cristianos con tanta mayor crueldad, que no pocos de los nuestros estaban de parte de los moros, y reprendían el atrevimiento de los cristianos, hasta decir claramente que los que muriesen en la demanda no debían en manera alguna ser tenidos por mártires, ni como tales honrados, pues no hacían algunos milagros; y sin ser necesario para defender su religión, sino temerariamente y sin propósito, se ofrecían al peligro y decían denuestos á los contrarios,

que no les hacían alguna fuerza, ántes les dejaban libertad de mantenerse en la religión de sus padres. Últimamente, alegaban que los cuerpos de los que morían no se conservaban incorruptos, como se solían conservar antiguamente los de los verdaderos mártires para muestra muy clara de la virtud divina que en ellos moraba. Así decían ellos: cuán á propósito, no hay para qué tratarlo. El obispo Recaredo y el conde Servando eran los principales capitanes, y que más se señalaban en perseguir á los mártires y reprimir sus santos intentos. Personas muy honradas, sin hacer distinción de edad ni de sexo, eran puestos en hierros y apasionados en muy duras cárceles.

Procuró Abderrahman é hizo que en Córdoba se juntase un concilio de obispos sobre el caso; en él fueron por sentencia condenados como malhechores todos los que quebrantasen las condiciones de la confederación puesta antiguamente con los moros. Estado miserable, triste espectáculo y feo, burlarse por una parte del nombre cristiano, y por otra los que acudían á la defensa, ser en un mismo tiempo combatidos por frente de los bárbaros y por las espaldas de aquellos que estaban obligados á favorecerlos y animarlos. Cosa intolerable que fuesen trabajados con calumnias y denuestos, no ménos de los de su nación que de los contrarios. ¿Qué debían, pues, hacer? ¿adónde se podían volver? Muchos sin duda era necesario que enflaqueciesen en sus ánimos y cayesen; otros llenos de Dios y de su fortaleza perseveraron en la demanda. Muchos, por espacio de diez años, que fué el tiempo que duró esta persecución, perdieron sus vidas y derramaron su sangre por la religión cristiana. El primer año padecieron Perfecto, presbítero de Córdoba, y del pueblo uno llamado Juan. El segundo año Isaac, monje, Sancho, de nación frances, Pedro, presbítero de Ecija, Walabonso, diácono Ilipulense; los monjes Sabiniano, Wistremundo, Habencio, Jeremías, Sisenando, diácono Pacense ó de Beja, Paulo, cordobés, y María Ilipulense, hermana que era del mártir Walabonso. En este año principalmente se embraveció contra los mártires el obispo Recaphredo, y á muchos puso en prisiones; entre ellos fué uno



Eulogio, abad de San Zoilo, que escribió todas estas cosas, varon en aquella edad claro por su erudición, y por la santidad de su vida muy estimado. El año tercero murieron Gumesindo, presbítero de Toledo, y Deiservo, monje: asimismo Aurelio y Félix, con sus mujeres Sabigotona y Lilliosa, Jorge, monje, siro de nación, Emila y Jeremías, ciudadanos de Córdoba, tres monjes, Cristóbal, cordobés, Leuvigildo y Rogelo, de Granada. Fuera destes, Sirviodeo, monje de Siria.

En este mismo año, es á saber, de ochocientos y cincuenta y dos, falleció de repente Abderrahman. Los cristianos decían que era venganza del cielo por la mucha sangre que derramó de los mártires. Confirmóse esta opinión y fama por cuanto en el mismo punto que desde una galería de su palacio, de donde miraba los cuerpos de los mártires que estaban en las horcas podridos, como los mandase quemar, cayó de repente de su estado y sin poder hablar palabra espiró aquella misma noche al principio del año treinta y dos de su reinado. Dejó cuarenta y cuatro hijos y cuarenta y dos hijas. En tiempo deste rey se empedraron las calles de Córdoba, y por caños de plomo se trajo mucha agua de los montes á la ciudad. Fué el primero de aquellos reyes que hizo ley que sin tener cuenta con los demás parientes, los hijos sucediesen y heredasen á sus padres; cosa que hasta entónces no la tenían bien asentada. Así en su lugar sucedió su hijo Mahomad: tuvo aquel reino por espacio de treinta y cinco años y medio. Éste al principio de su gobierno echó á todos los cristianos de su palacio, y como quier que por esto no aflojasen en su intento, el año siguiente tornó á embravecerse la crueldad y renovarse las muertes. Martirizaron á Fandila, presbítero y monje de Guadix; Anastasio, monje y presbítero; Félix, monje de Alcalá; Digna, virgen consagrada; Benilde, matrona; Columba y Pomposa, vírgenes. El año adelante tuvo un solo mártir, que fué Abundio, presbítero. El siguiente estos cuatro: Amador, mancebo natural de Martos;

Pedro, monje cordobés; Luis, ciudadano de Córdoba; Witesindo, natural de Cabra. En el año seteno desta persecución fueron muertos Elías, presbítero portugués; tres monjes: Paulo, Isidoro, Argemiro; Aurea, virgen dedicada á Dios, hermana de los mártires Adulpho y Juan. En el año octavo padecieron Rodrigo y Salomon. El noveno pasó sin sangre.

En el año postrero y doceno de la persecución padeció muerte el mismo Eulogio, que animaba á los demás con palabras y con su ejemplo. Su muerte fué en sábado á once días del mes de Marzo, y cuatro días adelante derramó su sangre Leocricia, doncella de Córdoba. Escribió la vida de Eulogio Alvaro Cordobés, su familiar y conocido. Allí dice que poco ántes de su muerte fué elegido en arzobispo de Toledo, con gran voluntad del clero y del pueblo de aquella ciudad, por muerte de Westremiro. Hay una epístola del mismo Eulogio, escrita el año de ochocientos y cincuenta y uno á Welesindo, obispo de Pamplona, y en ella un elogio muy hermoso de Westremiro, por estas palabras: «Después, dice, del quinto día volví á Toledo, do hallé todavía vivo á nuestro viejo santísimo, antorcha del Espíritu Santo y lumbrera de toda España, el obispo Westremiro, cuya santidad de vida alumbró todo el mundo hasta ahora: con honestidad de costumbres y subidos merecimientos refocila el rebaño católico. Vivimos con él muchos días, y nos detuvimos en su angélica compañía.» Este hospedaje fué ocasión que los ciudadanos de Toledo al que por la fama de sus virtudes deseaban conocer, visto le comenzaron á estimar y amarle más, y señalarle por sucesor en lugar de Westremiro, si le venciese de días. En Córdoba en lugar de Eulogio pusieron los años siguientes á Sanson, y le hicieron abad de San Zoilo, hombre docto y de ingenio agudo, como lo muestra el apologético que hizo contra Hostigesio, obispo de Málaga, por ocasión que en un concilio de Córdoba le ultrajó y llamó hereje.